



In Memoriam:
Recordando a Jacques Derrida

Gabriel ANDRADE

*Universidad Bolivariana de Venezuela
Maracaibo, Edo. Zulia, Venezuela*

El pasado ocho de octubre falleció en París, a la edad de setenta y tres años, Jacques Derrida, una de las figuras más destacadas en la filosofía del siglo XX. De acuerdo a fuentes allegadas, venía sufriendo de un cáncer de páncreas. Curioso que un pensador que tanto se preocupó por las ‘huellas’ de los signos, ahora él mismo, tras su partida, deje una huella que, de seguro, perdurará por siglos en la filosofía occidental.

Derrida probablemente será más recordado por haber formulado el concepto de ‘deconstrucción’, empleado por muchos y entendido por pocos. Por siglos, la filosofía occidental ha construido sus discursos sobre bases que creyó muy estables, pero Derrida se propuso demostrar la inestabilidad de estas bases, develando la violencia metafísica de la cual han dependido los filósofos. Allí donde los filósofos pretendían construir grandes sistemas, Derrida aspiraba reconstruirlos.

El interés filosófico inicial de Derrida fue la relación entre escritura y oralidad en Occidente. Durante los años en que escribía sus primeras obras, el estructuralismo emergía como el movimiento intelectual dominante. Derrida se preocupaba por muchas de las temáticas de los estructuralistas, pero eventualmente se alejó de ellos e inauguró un nuevo movimiento, al que se conoció como post-estructuralista.

Mientras que los estructuralistas estudiaban y hacían un uso extenso de las oposiciones entre pares binarios en la aproximación de todas las operaciones mentales, tanto de Occidente como del resto de los pueblos, Derrida prefería poner al descubierto la violencia que opera tras el pensamiento binario.

De acuerdo a Derrida, la filosofía occidental siempre ha operado en base a estas oposiciones. La filosofía se ha presentado como un juego de oposiciones binarias donde un elemento es privilegiado por encima del otro, siendo el segundo objeto de una violencia filosófica, en tanto es suprimido frente a la primacía del primero. Para el caso de lo oral y lo escrito, Derrida demostraba cómo en Occidente, desde Platón a Levi-Strauss, pasando por Rousseau y De Saussure, entre otros, se ha privilegiado la voz, mientras que la escritura es vista con gran sospecha. Para Occidente, la escritura es peligrosa, en tanto depende de la ausencia, mientras que la voz depende de la presencia de los interlocutores, la cual, como ya había señalado Heidegger, siempre ha sido privilegiada por la metafísica occidental.

Lejos de querer reivindicar la escritura frente a la voz, Derrida más bien aspiraba demostrar que la oralidad también tiene la misma inestabilidad que se le ha atribuido a la escritura. Continuando la concepción estructuralista del signo, Derrida insistía que los significados de un significante sólo pueden emerger en su relación con otros significantes. Pero, si se lleva a su extremo lógico, no puede haber un 'origen' de la significación, resulta imposible una noción de trascendencia o significado, puesto que todos los signos siempre tendrán a otros signos como referentes elaborando una cadena que conduce hasta el infinito. La 'diferencia' (un significante encuentra su significado en la diferencia con otro), 'diffiere' (suspende) el significado. Derrida formuló así un nuevo concepto, la '*differance*', para resaltar la doble connotación del signo: diferenciar y diferir.

Así, todos los signos llevan consigo las 'huellas' de otros signos, que, por lo demás, están ausentes y presentes a la vez: ausentes en tanto no están ahí, pero presentes en tanto dejan una huella en el proceso de significación. La oralidad depende de la ausencia tanto como la escritura. Todo proceso de significación es una 'archi-escritura': oral o escrito, el lenguaje funciona en base a ausencias y huellas alejadas del Logos, puesto que sólo conduce a más signos. Derrida denunciaba en Occidente un 'logocentrismo' que se crea la ilusión de encontrar la certeza de un Logos especialmente a través de la voz, cuestión que a Derrida la parecía un imposible.

Los críticos de Derrida no tardaron en etiquetarlo de nihilista, y creo que tienen razón en esto. Si no existe ni un origen, ni un significado, ni una trascendencia, entonces nunca podremos hablar de justicia, de igualdad, de amor, de compasión, de Dios. Si el lenguaje es una realidad inestable y vacía, entonces todo lo que hablemos y escribamos será pura charlatanería: nunca existirá una Verdad, simplemente porque nunca podremos llegar a ella; la cadena de significantes nos llevará al infinito y nunca encontraremos certezas filosóficas.

Derrida se fue convirtiendo así en un personaje muy misterioso. Su causa filosófica era poner al descubierto la arbitrariedad de los sistemas filosóficos que, operan en base a oposiciones binarias y privilegian uno de los elementos. Para ello, también se valía de la búsqueda de lo que llamó los 'indedidibles', elementos que no concuerdan bien en las oposiciones binarias, y ponen en peligro su estabilidad.

Más allá de las acusaciones de nihilista, Derrida quedará en la historia de la filosofía como el pensador que nos hizo despertar del sueño dogmático que protegía nuestras más fuertes convicciones. Derrida siempre insistió que nunca pretendía reivindicar a la escritura por encima de la voz, simplemente demostrar que ambas realmente adolecen de lo mismo.

Privilegiar a lo que siempre fue suprimido sería marcar un regreso a la violencia metafísica: apenas se invertirían los términos, pero se mantendría igualmente la oposición violenta. Derrida admiraba en Nietzsche su rechazo a las tradicionales oposiciones de Occidente, pero le reprochaba que, en su intento, terminara suprimiendo a lo que anteriormente fue dominante, continuando así la violencia en su pensamiento.

Creo que el siglo XX y XXI han sido escenarios de estas inversiones igualmente violentas. El proletariado antes era suprimido, ahora será la burguesía. Para reivindicar a las víctimas del Holocausto, se masacran a millones de palestinos y se construyen muros entre sus ciudades. La acción afirmativa me es particularmente odiosa, precisamente por la continuidad violenta que Derrida ha denunciado entre las oposiciones binarias.

Adiós a Derrida, el padre de la deconstrucción. Como los 'indedidibles' sobre los que tanto escribió, se debatirá entre la ausencia y la presencia: se fue, pero sigue aquí; charlatán o genio, nihilista o crítico, de seguro nos mantendrá hablando de él por siglos.